

Santiago Montobbio, *El anarquista de las bengalas* (selección), *Líquids*, nº 2, ene-jun, 2008.

Selección de poemas de *El anarquista de las bengalas*, March Editor, Barcelona, 2005

ESCENA

Nosotros esperábamos jinetes, jinetes no sabíamos de quién,
jinetes quizá de nadie. Alguien tenía que enviar jinetes,
eso nos dijeron, por eso los esperábamos. En calmar llagas
con vendas de silencio
matábamos el tiempo. Así
esperábamos jinetes. Pero
ya no esperamos. Porque en esto
se nos fue la vida, pueden
reírse, en esta escena.

Todo

era un engaño.

EL TEÓLOGO DISIDENTE

No existe la muerte, no ha existido nunca.

Aunque bajo su amenaza haya vivido el hombre,

en su mentira, no existe la muerte, no existe,

y si adivináis tras la luna el exacto rostro

de la ausencia, si con olvido miráis

la pupila oscura de la espera

entenderéis que no existe, que de verdad no existe

y que cómo iba a existir ella y qué nombre

hubiéramos podido darle entonces a esta tierra.

BIS

Es la historia de siempre y también
en la que hay más enredaderas: una vez
nos dieron la tierra, pero
como nos dio la sensación de que no era
sino otra forma de engañarnos y hacernos perder
el tiempo entretejiendo
la ilusión de que algún día
íbamos a poder hacer algo con ella
dejamos que se nos muriera.

Sin llegar siquiera

a ser un inútil consuelo nos queda
la literatura como forma
de tomarle el pulso a las miserias.

VUELTA

Crepusculaba amenazas y con fingidos jazmines
carne daba a miserias o batallas
por conseguir ponerse nombre
a través de papeles o misterios sepultados:
cinturas con livianas mordeduras de hambre,
martillos, rojos, clavados adioses y ojos
con demasiadas tortugas como para ser fotografiados:
crepusculaba, del cielo precisamente huérfano
nostalgias de sí o de nada
crepusculaba.

ÚNICA EDAD

Porque alguien fue un instante hermoso
y de antiguos, nunca escritos libros rescató
palabras parecidas a piedad -o casi tan extrañas-
ante la impasibilidad estéril de los muros
como en un final cualquiera comprendimos
que la única edad del hombre es la que calla.

Santiago Montobbio, *El anarquista de las bengalas* (selección), *Líquids*, nº 2, ene-jun, 2008.

¿FÁBULA Y SIGNO?

Como jamás habíamos pensado que Dios podía ser tan pequeño
como para dudar de su propia existencia
nos sorprendió encontrarlo con los dientes desnudos
en las orillas del frío.

Dichosos por saber que lo teníamos dentro,
lo tendimos al sol, como si fuera una fiesta.

Santiago Montobbio, *El anarquista de las bengalas* (selección), *Líquids*, nº 2, ene-jun, 2008.

UNA MUJER

Una mujer se hace así: sobre las espinas del sueño,
con un poco de luna y como escogida cárcel
donde la luz se amanse. Una mujer se hace así,
y si no debería hacerse de un modo parecido.

HISTORIA GRIEGA

Noche ni con más noche se consuela. Después
que un árbol arrancado probó a con sus
sombras congraciarse ofreciendo a las pequeñas,
diarias muertes caramelos exilio
de nadie se ha hecho el verso:
hasta el estúpido oficio de leerle al tiempo
las líneas crueles de su mano se ha perdido.

TODA HISTORIA

Toda historia es simple y se me olvida.
Quizá me fui a tomar café, quizá la amaba
y me perdí entre jardines de piernas esmaltadas
que fueron juncos trenzados de palabras
y después retama que mi lengua de trapo
había hecho trizas. Quizá fue el amor,
quizá el café, tal vez la noche. El recinto
sin madrugadas, con sangre y lunas rotas,
el recinto, el barranco de dientes oxidados
o el valle de hojas de afeitar dulcísimas
no hería o no existía. Quizá fue el café
o fueron sus piernas, o quizá la amaba.
Toda historia es simple y se me olvida
en las axilas de mi ciudad tristísima.
Sabedlo ya: mis ojos no se acuerdan de qué miran.

URBE

Me han dicho que por aquí vive un poeta
que a fuer de humano ha llegado a celestial, dije.
Y añadí: si cree que es broma, ahora viene lo bueno:
lo digo totalmente en serio. En antiguas hojas
crepitaba el silencio. Completé rompiéndolo:
nombre no tiene, porque vive
precisamente en su busca. !Ah, ese!,
contestó el mesonero. Dicen que se hizo unos andamios
con sonetos celestes, pero la verdad es que nadie
sabe bien dónde para. Probaré si hay suerte, dije.
Y así vi sujetos, telarañas trenzadas por ellos
con sus misterios y cómo entre todos reunían
la leña de los verbos para irse juntos
al fuego del Gran Verbo. Pero no. No
he podido verlo: está ya muy lejos,
y ha llegado a ciudad extraña, una ciudad
fundada por él o sus sueños y donde
yo me pierdo porque en ella las calles
trazan su cara. Algunos sí que tienen
buenas artes poéticas, pensé al saberlo,
y al pensarlo sentí al momento
que a mí me quedaban derrotadas
las noches, sus imbéciles desiertos.

EL ANARQUISTA DE LAS BENGALAS

Yo soy el anarquista de las bengalas,
el anarquista único, el que permanece y pasa:
he tenido nombres en los que dormían las frutas
de los corazones raros. A todas horas trabajo,
y en especial cuando la gente afirma
que no hago nada. Sé lavarme el alma
sobre papel y nada, colocar bombas de relojería
en las ciudades que siento en las espaldas,
buscarle y con olvido las cosquillas a un amor
que prefiguro con distancia y a través de todo eso
seguir estando en todas partes habiéndome
marchado.

Porque yo soy
el anarquista de las bengalas. Cada vez
que enciendo una tu corazón
y mi corazón se apagan.

Santiago Montobbio, *El anarquista de las bengalas* (selección), *Líquids*, nº 2, ene-jun, 2008.

PÓSTUMO

De todos mis amigos

yo tuve la muerte más extraña:

con el alma dislocada

fui silencio por la página.

¿DE PARTE DE QUIÉN?

En nombre de Dios abandonamos las señales en el aire.

Nos quedaba el vivir, el vivir sin trabas,
en nombre de nadie. No apostamos por él
(nosotros, jamás apostamos), pero éramos jóvenes
o tenían aún luz las palabras
de unos versos extraños
que el corazón cifraba.

La tarde era una niña a quien abrazábamos
riendo en la mañana falsa, y el alcohol
y su excitante plata, que luego fatiga y araña,
nos hacía andar sin camino, mas fuera de prisa.
Era dulce no tener principio y menos aún destino.
Era dulce estar en el aire, atravesar el tiempo,
ser el vivir que no sabe o sólo nace
cultivando cuerpos que dormían como naranjas buenas
tras los ojos.

Pero llegó la noche, última, terrible y sin aviso,
para segarnos las miradas y del amor dejar asfalto.
Fueron las ciudades un insomnio y cualquier alma
se hacía pequeña en sus estanques. Adiós y sangre,
adiós continuo los gestos, los verbos y los días.
No teníamos nada: ni cornisas torpes, ni palabras caducas,
sólo ciudad e insomnio, un cartón sin colores
para recortarnos en él y no tener padre.
Entonces mordimos el cartón y miramos al aire.
Qué buscábamos pájaros muertos lo saben:
un olor de mañana sobre una risa afable.

Santiago Montobbio, *El anarquista de las bengalas* (selección), *Líquids*, nº 2, ene-jun, 2008.

Quizá no debíamos, nosotros, los perdidos.

Pero lo hicimos, e intentamos que una lluvia volviera
sobre las derrotadas estancias, y para vivir nomás,
para vivir sin tener que hacerlo en nombre de nadie.

Hablo en plural para fingir no estar tan solo,
o quizá es que en esta noche ya soy todos.

CONFESIÓN ÚLTIMA

De entre la mentiras una de las que prefiero
es la luna. Antigua o perdida, ni los locos
la creen, y con sus torpes palabras pueden
fabricársele torpes vestiduras. Porque
el poeta -gata falsa- a veces no está
para cielos o pájaros es por los que os hago
una confesión última. De la noche
no hablo. Porque sin engaño o niño
cómo osar decirte
que la noche es mentira.

LO DIJO EL POLICÍA

Las memorias se venden bien, pero su precio oscila.

Depende de si guardan árboles, lagos, travesuras de infancia,

columpios o lunas, algo que se llamó ideales

y también amores, abuelas tiernas, huesos, frutas.

Sí: los sueños ya suben mucho, y sobre todo algunos.

Y para poco gasto tenemos las de algunos que sólo cuentan

tiempos perdidos y que a los sumo fingen

llagas de sombra con rostros de tarde o de tortuga.

Nada es. Pero alcanza a cualquier bolsillo.

Yo ya siempre lo había dicho: las memorias

de los poetas castrados

nunca valdrán un duro.

EL MENDIGO

Al pie de una cuesta olvidada o llovida,
al pie de una ajena infancia acaso, detrás de la tierra
y muchísimos años después de que tuviera nombre todo
olvidado o llovido sólo pide en su entierro el mendigo
que en monedas le sean dadas las limosnas, pocas o muchas.
En monedas. De cobre o de espanto y, a veces, con el sonido
de los abrazos perdidos, en monedas siempre, en monedas raídas.

Pues si alguien se olvidó de los relojes
y otra noche aquí aún llega
se las pondrá en los ojos, para no ver,
una por una. Para no ver -noche vacía-,
para no ver o para recordar saberse
tan muerto como su sonido.

DETRÁS DEL CRISTAL

Pero se ve, pero se mira e, incluso,
aunque sólo sea sombra, se respira.
Lo sé al compás del silencio y con madre lluvia.
Lo sé y lo sé dormido. Detrás del cristal, de nuevo alcohol
los astillados ojos y siendo otro en un bar gris
o absurdo: ahora es otro nombre de nunca,
ahora te lo regalo, ahora es mentira,
acaso para mí ya no tú sino nadie abraza
y aunque ceniza es cada amor, cada palabra,
aún se ve o se mira, se ve, mira, se mira
y acaso mañana descubra similares castigos
en la infamia de una vida
que incansablemente
me atardece.

NO ES NINGÚN SECRETO

Detrás de cada noche se esconde una amenaza
y ante una amenaza sólo queda el balcón abierto
o sus labios eran juncos que por un momento detenían
el incesante llover de la tristeza
o nuestra historia es tan pequeña y además ya tiene tanto frío
que en su único verso ahogado
resume por entero al mundo
o no debemos olvidarnos de recordar a la mañana
que para que sigamos viviendo es del todo imprescindible
que se refleje alguna vez
en los sueños del estanque.
A veces quizá mejor un “a pesar de todo tú y yo tendremos
una casa sólo que de aire”, y en caso de que tengamos
que volver a casa y que olvidadas mamás
vayan a reñirnos por llegar tan tarde
probablemente será más acertado algo así como “cualquier nombre
que escribamos tendrá forma de ausencia o de ceniza”
y después, con vocación de final, y más simplemente:
“herejías del fuego, sobre una estrella un amor se ha disecado,
no puede ser más triste la menopausia de la espera, la memoria
sin espinas no es de nadie, ahora sí que no han de llegar los barcos”.
Y, ya por último: “dedos de sombra sobre naipes huérfanos”.

Sí. Lo diremos así, a la fuerza tendremos nosotros
que vivir así esta tarde, hasta el fin del tiempo.

Y si entonces alguien a quien hubiéramos engañado o perdido,

Santiago Montobbio, *El anarquista de las bengalas* (selección), *Líquids*, nº 2, ene-jun, 2008.

alguien antiguo que volviera como de un olvidado sueño se vuelve
nos preguntara por todo esto, nada más podríamos decirle,
como excusa torpe temblando en manos huecas:
“Señor, tendréis que perdonarnos,
pero no es ningún secreto. Aquí,
en esta inútil tierra que nos dieron,
todos somos poetas (con más o con menos tretas)”.

Santiago Montobbio nace en Barcelona en 1996. Es Licenciado en Derecho y en Filología Hispánica por la Universidad de Barcelona, y ejerce como profesor de Teoría de la Literatura en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Ocupa la Vicepresidencia de España de la "Association pour le Rayonnement des Langues Européennes" (ARLE), de Neuilly-sur-Seine, y es corresponsal en Barcelona de su revista EUROPE PLURILINGUE, que publica las Éditions Université Paris 8 (París).

Publicó por primera vez como poeta en la *Revista de Occidente* en mayo de 1988 (Madrid, Nº 84). Su libro *Hospital de Inocentes* (1989) cosechó el aplauso de ilustres autores, entre los que se encuentran Juan Carlos Onetti, Ernesto Sábato o Camilo José Cela, quien consideró que se trataba de poemas “hondos y hermosos”. Más tarde, la profundidad y fuerza de su obra se vería confirmada por las siguientes publicaciones: *Ética confirmada* (Madrid, 1990), *Tierras* (Éditions AIOU, Francia, 1996), *Los versos del fantasma de México* (México, 2003) y *El anarquista de las bengalas* (2005).

Santiago Montobbio, *El anarquista de las bengalas* (selección), *Líquids*, nº 2, ene-jun, 2008.

Además, ha colaborado en revistas de prestigio internacional como *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, *Casa de las Américas* y *Extramundi*, *Nanico* o *Literal*, y su poesía ha encontrado difusión en publicaciones de Europa y América: París (*Passage d'Encres*, *La Voix du Regard*), Bruselas (*Le journal des Poetes*), Roma (*Pagine*), Londres (*The Review*, *Pen International*) o Nueva York (*Terra Incognita*).

Ahora, la revista *Líquids* desea recuperar algunos de los versos más bellos de *El anarquista de las bengalas*, una de sus obras más bellas, cuya humanidad y exquisitez la convierten en una creación personal, llena de matices y, por tanto, vigente.